

Psicología del Deporte

Estamos preparando la mente de los campeones

Humildad que no es inferioridad

Confianza que no es soberbia

Viene de: Los duendes de Stevenson y la Inteligencia Primordial

El maestro Borges nos recordaba el caso de Robert Louis Stevenson, quien declaró en su *Chapter on Dreams* que los argumentos exactos de *Olalla* y de su obra maestra, *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* (1886), le fueron dictados por "pequeños duendes" en mitad de sus sueños nocturnos.

La historia cuenta que la esposa de Robert Louis Stevenson, Fanny, lo despertó al escucharlo gritar por una

pesadilla. En lugar de agradecersele, el escritor se enfureció y le reclamó que lo había interrumpido justo cuando su mente estaba creando la primera escena de transformación de *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.

La inspiración de la obra

Fanny Stevenson relató que su marido, con el Dr. Jekyll y Mr. Hyde, escribió cerca de $\backslash(60.000\backslash)$ palabras en seis días, una hazaña sorprendente para el estado de salud de Stevenson. El proceso creativo fue tan intenso que la historia del clásico de la literatura surgió a raíz de los terrores nocturnos y sueños febriles del autor.

"Un capítulo sobre los sueños". Ensayos

selectos de Robert Louis Stevenson

El pasado es todo de una misma
textura, ya sea fingido o sufrido,
representado en tres dimensiones o
simplemente presenciado en ese
pequeño teatro del cerebro que
mantenemos brillantemente
iluminado toda la noche, después de
que los aviones se apagan y la
oscuridad y el sueño reinan
imperturbables en el resto del cuerpo.
No hay distinción alguna en el rostro
de nuestras experiencias; una es vívida,
otra sorda, otra placentera y otra
angustiosa de recordar; pero cuál de
ellas es lo que llamamos verdad y cuál
un sueño, no hay ni un pelo que probar.
El pasado se asienta sobre un cimiento
precario; otra brizna de hierba que se
parte en el campo de la metafísica, y he

aquí que nos lo roban. Apenas hay una familia que pueda contar cuatro generaciones sin reclamar algún título latente o algún castillo y finca: una reclamación no procesable en ningún tribunal de justicia, pero halagadora para la imaginación y un gran alivio para las horas de ocio. La reclamación de un hombre sobre su propio pasado es aún menos válida. Un documento podría aparecer (como en un cuento de hadas) en el cajón secreto de un viejo escritorio de ébano, y devolverle a tu familia sus antiguos honores, y reinstaurar a la mía en cierta isla de las Indias Occidentales (no lejos de San Cristóbal, como la querida tradición resonaba en mis jóvenes oídos) que una vez fue nuestra, y ahora pertenece injustamente a otro, y que, por cierto (en el estado del comercio del azúcar), no vale nada para nadie. No digo que estas revoluciones sean probables; solo

que nadie puede negar que son posibles; y el pasado, por otro lado, se ha perdido para siempre: nuestros viejos días y hazañas, nuestro antiguo yo también, y el mundo mismo en el que se desarrollaron estas escenas, todo reducido al mismo residuo tenue que un sueño de anoche, a imágenes inconexas, a un eco en las cámaras del cerebro. Ni una hora, ni un estado de ánimo, ni una mirada, podemos revocar; todo se ha ido, imposible de conjurar. Y sin embargo, imagínate que nos han arrebatado eso, imagina que ese pequeño hilo de memoria que arrastramos se rompe en el borde del bolsillo; ¡y en qué desnudez nula quedaríamos! pues solo nos guiamos y solo nos conocemos a nosotros mismos por estas imágenes del pasado pintadas en el aire.

Por estos motivos, hay quienes afirman haber vivido más y con mayor plenitud que sus vecinos; aseguran que, al dormir, seguían activos; y entre los tesoros de la memoria que todos repasamos para nuestro deleite, estos consideran, sin duda, los frutos de sus sueños. Tengo a uno de ellos en mente, cuyo caso es quizás lo suficientemente singular como para merecer ser descrito. Desde niño, fue un soñador ardiente e inquieto. Cuando le daba un poco de fiebre por la noche, y la habitación se hinchaba y se encogía, y su ropa, colgada de un clavo, se elevaba instantáneamente hasta la inmensidad de una iglesia, y luego se desvanecía en un horror de distancia y pequeñez infinitas, la pobre alma era muy consciente de lo que le esperaba, y luchaba con ahínco contra la llegada de ese sueño que era el principio de las penas.

Pero sus luchas eran en vano; tarde o temprano la bruja nocturna lo agarraría por el cuello y lo arrancaría de su sueño, estrangulándolo y gritando. Sus sueños eran a veces bastante comunes, a veces muy extraños, a veces casi informes: lo atormentaba, por ejemplo, nada más definido que cierto tono de marrón, que no le importaba en lo más mínimo mientras estaba despierto, pero que temía y aborrecía mientras soñaba; a veces, de nuevo, tomaban cada detalle de la circunstancia, como cuando una vez supuso que debía tragarse el mundo populoso y despertó gritando con el horror de la idea. Los dos principales problemas de su muy estrecha existencia —el problema práctico y cotidiano de las tareas escolares y el último y etéreo del infierno y el juicio— a menudo se confundían en una pesadilla espantosa. Le parecía estar ante el Gran

Trono Blanco; se le pedía, pobre diablillo, que recitara una serie de palabras, de las que dependía su destino; Se le trabó la lengua, se le quedó la memoria en blanco, el infierno se le abría de par en par; y despertaba aferrado a la barra de la cortina con las rodillas pegadas a la barbilla.

En general, estas fueron experiencias sumamente decepcionantes; y en ese momento de su vida, mi soñador habría renunciado con mucho gusto a su capacidad de soñar. Pero pronto, con el paso del tiempo, los gritos y las contorsiones físicas desaparecieron, aparentemente para siempre; sus visiones seguían siendo en su mayoría miserables, pero se mantenían con mayor constancia; y despertaba sin más síntomas extremos que un corazón acelerado, un cuero cabelludo

helado, sudores fríos y el miedo mudo de la medianoche. Sus sueños, también, como correspondía a una mente mejor dotada de detalles, se volvieron más circunstanciales y adquirieron mayor vitalidad y continuidad. La visión del mundo comenzó a captar su atención, y los paisajes empezaron a formar parte tanto de sus pensamientos dormidos como de los despiertos, de modo que emprendía largos viajes sin incidentes y veía pueblos extraños y lugares hermosos mientras yacía en la cama. Y, lo que es más significativo, un peculiar gusto que tenía por el traje georgiano y por las historias ambientadas en ese período de la historia inglesa, comenzó a dominar las características de sus sueños; Así que allí se disfrazaba con un sombrero de tres picos y se involucraba mucho en las conspiraciones jacobitas entre la hora

de acostarse y la del desayuno. Casi al mismo tiempo, empezó a leer en sueños: cuentos, en su mayoría, y en su mayoría al estilo de G.P.R. James, pero tan increíblemente más vívidos y conmovedores que cualquier libro impreso, que desde entonces se ha sentido descontento con la literatura.

Y entonces, siendo aún estudiante, tuvo una aventura onírica que no desea repetir; comenzó, es decir, a soñar en secuencia y, por lo tanto, a llevar una doble vida: una diurna y otra nocturna; una que tenía todas las razones para creer que era la verdadera, y otra que no tenía forma de demostrar que fuera falsa. Debería haber dicho que estudiaba, o estaba a punto de estudiar, en el Edinburgh College, que (se puede suponer) fue como lo conocí. Bueno, en su vida onírica, pasó un largo día en el quirófano, con el

corazón en un puño, los dientes apretados, viendo monstruosas malformaciones y la aborrecible destreza de los cirujanos. En una noche densa, lluviosa y neblinosa, salió al South Bridge, dobló por High Street y entró por la puerta de un alto edificio, en cuya cima se imaginó que se alojaría. Toda la noche, con la ropa mojada, subió las escaleras, escalón tras escalón en una serie interminable, y en cada segundo tramo una lámpara resplandeciente con un reflector. Toda la noche, rozó a personas solitarias que bajaban: mujeres mendigas de la calle, grandes, cansados y embarrados obreros, pobres espantapájaros de hombres, pálidas parodias de mujeres, pero todos somnolientos y cansados como él, y todos solos, y todos rozándolo al pasar. Al final, desde una ventana orientada al norte, veía el día comenzar a blanquear sobre el

estuario, abandonaba el ascenso, se daba la vuelta para descender, y en un suspiro volvía a estar en las calles, con la ropa mojada, en el amanecer húmedo y demacrado, caminando penosamente hacia otro día de monstruosidades y operaciones. El tiempo pasaba más rápido en la vida de los sueños, unas siete horas (lo más cercano a lo que puede calcular) a una; Y, además, se intensificó, de modo que la penumbra de estas experiencias imaginarias nubló el día, y no se había librado de su sombra cuando llegó la hora de acostarse y reavivarlas. No sabría decir cuánto tiempo soportó este castigo; pero fue suficiente para dejar una gran mancha negra en su memoria, suficiente para llevarlo, temblando de rabia, a las puertas de cierto médico; tras lo cual, con un simple trago, recuperó su condición de hombre común.

Desde entonces, el pobre caballero no ha vuelto a preocuparse por nada parecido; de hecho, sus noches fueron durante un tiempo como las de los demás, a veces vacías, a veces salpicadas de sueños, algunos encantadores, otros espantosos, pero salvo alguna que otra explosión de viveza, nada extraordinario. Mencionaré solo una de estas ocasiones, antes de pasar a lo que hace que mi soñador sea verdaderamente interesante. Le pareció estar en el primer piso de una tosca granja de montaña. La habitación mostraba algunos intentos fallidos de refinamiento: una alfombra en el suelo, un piano, creo, contra la pared; pero, a pesar de todos estos detalles, era innegable que se encontraba en un páramo, entre gente de la ladera, rodeado de kilómetros de brezo. Miró desde la ventana un patio de granja

desolado, que parecía haber estado abandonado hacía mucho tiempo. Un gran y tenebroso silencio se cernía sobre el mundo. No había rastro de los granjeros ni de ningún animal, salvo un viejo perro marrón de pelo rizado, de raza retriever, que estaba sentado junto a la pared de la casa y parecía estar dormitando. Algo en este perro inquietaba al soñador; era una sensación indescriptible, pues la bestia tenía un aspecto normal —de hecho, era tan viejo, apagado, polvoriento y demacrado que debería haber despertado lástima—; y, sin embargo, el soñador se convenció cada vez más de que no se trataba de un perro normal, sino de algo infernal. Un montón de moscas veraniegas, dormitas, zumbaban por el patio; y de repente el perro extendió la pata, atrapó una mosca con la palma abierta, se la llevó a la boca como un mono y,

mirando de repente al soñador en la ventana, le guiñó un ojo. El sueño continuó, da igual cómo transcurrió; fue un buen sueño, dentro de lo que cabe; pero nada en lo que siguió era digno de aquel diabólico perro marrón. Y lo que me interesa reside, en parte, en ese mismo hecho: que, tras haber encontrado un incidente tan singular, mi imperfecto soñador resultara incapaz de concluir la historia adecuadamente y recurriera a ruidos indescritibles y horrores indiscriminados. Ahora sería diferente; ¡él conoce mejor su oficio!

Para llegar al punto clave: este hombre honrado tenía desde hacía tiempo la costumbre de conciliar el sueño con cuentos, al igual que su padre antes que él; pero se trataba de invenciones irresponsables, contadas para el placer del narrador, sin tener en cuenta al

público vulgar ni al crítico mordaz: cuentos donde se podía romper un hilo argumental o cambiar una aventura por otra a la menor sugerencia de la imaginación. Así, los pequeños personajes que dirigen el teatro interior del hombre aún no habían recibido una formación muy rigurosa; y actuaban en su escenario como niños que deberían haber entrado en casa y la hubieran encontrado vacía, en lugar de como actores adiestrados que representan una escena ante un público numeroso. Pero pronto mi soñador comenzó a convertir su antiguo pasatiempo de contar historias en algo provechoso; es decir, comenzó a escribir y vender sus cuentos. Allí estaba él, y allí estaban los pequeños personajes que realizaban esa parte de su negocio, en condiciones completamente nuevas. Las historias ahora debían ser recortadas, pulidas y

puestas a cuatro patas; debían tener un principio y un final, y ajustarse (en cierto modo) a las leyes de la vida. El placer, en una palabra, se había convertido en un negocio; y no solo para el soñador, sino también para los pequeños personajes de su teatro. Estos comprendieron el cambio tan bien como él. Cuando se acostaba para prepararse para dormir, ya no buscaba diversión, sino cuentos publicables y rentables; y después de haberse quedado dormido en su palco, sus pequeños personajes continuaban sus evoluciones con los mismos propósitos mercantiles. Todas las demás formas de soñar lo abandonaron, excepto dos: aún leía ocasionalmente los libros más deliciosos, aún visitaba a veces los lugares más encantadores; y quizás valga la pena mencionar que a esos mismos lugares, y a uno en particular, regresaba a intervalos de meses y años,

encontrando nuevos senderos,
visitando nuevos vecinos,
contemplando ese valle feliz bajo los
nuevos efectos del mediodía, el
amanecer y el atardecer. Pero el resto
de la familia de visiones se ha perdido
por completo para él: la versión común
y destrozada de los asuntos de ayer, la
pesadilla de la cabeza cruda y los
huesos ensangrentados, de la que se
rumorea que es hija del queso tostado,
estas y otras similares han
desaparecido; y, en su mayor parte, ya
sea despierto o dormido, simplemente
está ocupado —él o su pequeña
gente— en crear conscientemente
historias para el mercado. Este soñador
(como muchas otras personas) ha
encontrado algunas vicisitudes
insignificantes de la fortuna. Cuando el
banco comienza a enviar cartas y el
carnicero a merodear por la puerta
trasera, se pone a trabajar su cerebro

buscando una historia, porque esa es su forma más rápida de ganar dinero; ¡y he aquí! enseguida la pequeña gente comienza a agitarse en la misma búsqueda, y trabajan toda la noche, y toda la noche le ponen delante porras de cuentos en su teatro iluminado. Ya no hay temor de que se asuste; el corazón volador y el cuero cabelludo congelado son cosas del pasado; aplausos, aplausos crecientes, interés creciente, júbilo creciente en su propia astucia (porque él se lleva todo el mérito), y por fin un salto jubiloso hacia la vigilia, con el grito de "¡Lo tengo, con eso basta!" en sus labios: con tales y similares emociones se sienta a estos dramas nocturnos, con tales arrebatos, como Claudio en la obra, dispersando la representación en medio. A menudo el despertar es una decepción: ha estado demasiado dormido, como le explico; la somnolencia ha invadido a

sus pequeños personajes, que han ido tropezando y divagando en sus papeles; y la obra, para la mente despierta, se ve como un tejido de absurdos. Y sin embargo, cuántas veces estos duendes insomnes le han prestado un servicio honesto, y le han dado, mientras él se sentaba ociosamente disfrutando en los palcos, mejores historias de las que él mismo podría haber inventado.

He aquí un relato, tal como le llegó. Al parecer, era hijo de un hombre muy rico y malvado, dueño de vastas extensiones de tierra y de un carácter insoportable. El soñador (y ese era el hijo) había vivido mucho tiempo en el extranjero, a propósito de evitar a su padre; y cuando finalmente regresó a Inglaterra, lo encontró casado de nuevo con una joven que, según se suponía, sufría cruelmente y odiaba su yugo.

Debido a este matrimonio (como el soñador comprendía vagamente), era deseable que padre e hijo se reunieran; pero, siendo ambos orgullosos y ambos iracundos, ninguno se dignaba a visitarlo. Se reunieron, pues, en un desolado y arenoso país junto al mar; y allí se pelearon, y el hijo, herido por algún insulto intolerable, mató a su padre. No se levantó ninguna sospecha; el cadáver fue encontrado y enterrado, y el soñador heredó las vastas propiedades y se encontró viviendo bajo el mismo techo que la viuda de su padre, para quien no se había previsto ninguna provisión. Estos dos vivían muy solos, como suele suceder después de una pérdida, se sentaban juntos a la mesa, compartían las largas tardes y se hacían mejores amigos día a día; hasta que de repente le pareció que ella estaba husmeando en asuntos peligrosos, que había

concebido una idea de su culpabilidad, que lo observaba y lo ponía a prueba con preguntas. Se apartó de su compañía como los hombres se apartan de un precipicio descubierta de repente; y sin embargo, tan fuerte era la atracción que volvía una y otra vez a la antigua intimidad, y una y otra vez se sobresaltaba por alguna pregunta sugerente o algún significado inexplicable en su mirada. Así vivieron con propósitos opuestos, una vida llena de diálogos rotos, miradas desafiantes y pasión reprimida; hasta que, un día, vio a la mujer salir de la casa con un velo, la siguió hasta la estación, la siguió en el tren hasta la costa, y por las dunas hasta el mismo lugar donde se cometió el asesinato. Allí ella comenzó a tantear entre los matorrales, él la observaba, boca abajo; Y de repente tuvo algo en la mano —no recuerdo qué era, pero

era una prueba irrefutable contra el soñador— y al alzarla para mirarla, quizás por la conmoción del descubrimiento, resbaló y quedó colgando peligrosamente al borde de las altas guirnaldas de arena. Él no tuvo más remedio que levantarse de un salto y rescatarla; y allí se quedaron, cara a cara, ella con aquella prueba irrefutable en la mano; su sola presencia en el lugar era otra prueba más. Era evidente que iba a hablar, pero esto era más de lo que él podía soportar; podía soportar estar perdido, pero no hablar de ello con quien lo había destruido; y la interrumpió con una conversación trivial. Tomados del brazo, regresaron juntos al tren, hablando de no sé qué, hicieron el viaje de vuelta en el mismo vagón, se sentaron a cenar y pasaron la noche en el salón como siempre. Pero la incertidumbre y el miedo bullían en el

pecho del soñador.«Aún no me ha denunciado»—así corrían sus pensamientos—«¿cuándo me denunciará? ¿Será mañana?» Y no fue mañana, ni al día siguiente, ni al otro; y su vida volvió a la normalidad, solo que ella parecía más amable que antes, y que, en cuanto a él, la carga de su suspenso y asombro se hacía cada día más insoportable, de modo que se consumía como un enfermo. Una vez, de hecho, rompió todos los límites de la decencia, aprovechó una ocasión en que ella estaba fuera, registró su habitación y, por fin, escondida entre sus joyas, encontró la prueba incriminatoria. Allí estaba él, sosteniendo aquello que era su vida, en el hueco de su mano, y maravillándose de su comportamiento inconsecuente, que buscara, guardara, y sin embargo no lo usara; y entonces se abrió la puerta, y he aquí que ella misma

estaba allí. Así que, una vez más, estuvieron frente a frente, con la prueba entre ellos; y una vez más ella alzó hacia él un rostro rebotante de alguna comunicación; y una vez más se apartó de la palabra y la interrumpió. Pero antes de salir de la habitación, que había puesto patas arriba, volvió a colocar su sentencia de muerte donde la había encontrado; y en ese momento, su rostro se iluminó. Lo siguiente que oyó fue que ella le explicaba a su criada, con alguna mentira ingeniosa, el desorden de sus cosas. Carne y sangre no pudieron soportar más la tensión; y creo que fue a la mañana siguiente (aunque la cronología siempre es borrosa en el teatro de la mente) cuando rompió su reserva. Habían estado desayunando juntos en un rincón de una gran habitación con parquet, escasamente amueblada y con muchas ventanas;

durante toda la comida ella lo había torturado con alusiones sutiles; y tan pronto como los sirvientes se fueron, y estos dos protagonistas se quedaron solos, él se puso de pie de un salto. Ella también se levantó de un salto, con el rostro pálido; con el rostro pálido, lo oyó mientras él deliraba su queja: ¿Por qué lo torturaba así? Ella lo sabía todo, sabía que él no era su enemigo; ¿Por qué no lo denunció de inmediato? ¿Qué significaba todo su comportamiento? ¿Por qué lo torturó? Y una vez más, ¿por qué lo torturó? Y cuando él terminó, ella cayó de rodillas y, con las manos extendidas, exclamó: «¿No lo entiendes? ¡Te amo!" .con la evidencia entre ellos; y una vez más ella alzó hacia él un rostro rebosante de alguna comunicación; y una vez más él se apartó de las palabras y la interrumpió. Pero antes de salir de la habitación, que había puesto patas

arriba, volvió a colocar su sentencia de muerte donde la había encontrado; y en ese momento, su rostro se iluminó. Lo siguiente que oyó fue que ella le explicaba a su criada, con alguna mentira ingeniosa, el desorden de sus cosas. La carne y la sangre no pudieron soportar más la tensión; y creo que fue a la mañana siguiente (aunque la cronología siempre es borrosa en el teatro de la mente) cuando rompió su reserva. Habían estado desayunando juntos en un rincón de una gran habitación con parquet, escasamente amueblada y con muchas ventanas; durante toda la comida ella lo había torturado con alusiones sutiles; y tan pronto como los sirvientes se fueron, y estos dos protagonistas se quedaron solos, él se puso de pie de un salto. Ella también se levantó de un salto, con el rostro pálido; Con el rostro pálido, lo escuchó mientras él despotricaba su

queja: ¿Por qué lo torturaba así? Ella lo sabía todo, sabía que él no era su enemigo; ¿por qué no lo denunció de inmediato? ¿Qué significaba todo su comportamiento? ¿Por qué lo torturaba? Y una vez más, ¿por qué lo torturaba? Y cuando él terminó, ella cayó de rodillas y, con las manos extendidas, exclamó: "¿No lo entiendes? ¡Te amo!" con la evidencia entre ellos; y una vez más ella alzó hacia él un rostro rebotante de alguna comunicación; y una vez más él se apartó de las palabras y la interrumpió. Pero antes de salir de la habitación, que había puesto patas arriba, volvió a colocar su sentencia de muerte donde la había encontrado; y en ese momento, su rostro se iluminó. Lo siguiente que oyó fue que ella le explicaba a su criada, con alguna mentira ingeniosa, el desorden de sus cosas. La carne y la sangre no pudieron

soportar más la tensión; y creo que fue a la mañana siguiente (aunque la cronología siempre es borrosa en el teatro de la mente) cuando rompió su reserva. Habían estado desayunando juntos en un rincón de una gran habitación con parké, escasamente amueblada y con muchas ventanas; durante toda la comida ella lo había torturado con alusiones sutiles; y tan pronto como los sirvientes se fueron, y estos dos protagonistas se quedaron solos, él se puso de pie de un salto. Ella también se levantó de un salto, con el rostro pálido; Con el rostro pálido, lo escuchó mientras él despotricaba su queja: ¿Por qué lo torturaba así? Ella lo sabía todo, sabía que él no era su enemigo; ¿por qué no lo denunció de inmediato? ¿Qué significaba todo su comportamiento? ¿Por qué lo torturaba? Y una vez más, ¿por qué lo torturaba? Y cuando él terminó, ella

cayó de rodillas y, con las manos extendidas, exclamó: "¿No lo entiendes? ¡Te amo!"

Entonces, con una punzada de asombro y deleite mercantil, el soñador despertó. Su deleite mercantil no duró mucho, pues pronto se hizo evidente que en este relato animado había elementos no comercializables; razón por la cual lo presentamos aquí tan brevemente. Pero su asombro no ha dejado de crecer, y creo que el del lector también lo hará si lo reflexiona con detenimiento. Pues ahora comprende por qué hablo de la gente común como de inventores y artistas de gran talento. Hasta el final habían guardado su secreto. Me atrevo a afirmar que el soñador (con excelentes razones para valorar su franqueza) no tenía ni idea del motivo de la mujer —el eje de toda la trama bien ideada—

hasta el instante de aquella declaración tan dramática. No era su relato; ¡era el de la gente común! Y observemos: no solo se guardó el secreto, sino que la historia se contó con una astuta maestría. La conducta de ambos actores es (en la frase coloquial) psicológicamente correcta, y la emoción se eleva apropiadamente hasta el sorprendente clímax. Estoy despierto ahora, y conozco este oficio; y sin embargo no puedo mejorarlo. Estoy despierto, y vivo de este negocio; y sin embargo no podría superar, ni siquiera igualar, ese ingenioso artificio (como el de algún viejo y experimentado carpintero de obras de teatro, algún Dennery o Sardou) por el cual la misma situación se presenta dos veces y los dos actores se encuentran cara a cara dos veces sobre la evidencia, solo que una vez está en su mano, una vez en la de él, y estas en su debido orden, la

menos dramática primero. Cuanto más pienso en ello, más me siento impulsado a presionar al mundo mi pregunta: ¿Quiénes son los Pequeños Seres? Son conexiones cercanas del soñador, sin duda; comparten sus preocupaciones financieras y tienen un ojo en el libro de cuentas; comparten claramente su formación; claramente han aprendido como él a construir el esquema de una historia reflexiva y a ordenar la emoción en orden progresivo; solo que creo que tienen más talento; Y una cosa es indudable: pueden contarle una historia poco a poco, como una serie, manteniéndolo en la ignorancia sobre sus verdaderas intenciones. ¿Quiénes son ellos, entonces? ¿Y quién es el soñador?

Bueno, en cuanto al soñador, puedo responderle, pues no es menos persona que yo; —como podría haberle

dicho desde el principio, solo que los críticos murmuran sobre mi constante egocentrismo;— y como me veo obligado a decirle ahora, o no podría avanzar mucho más con mi historia. Y en cuanto a los Pequeños Seres, ¿qué diré? Son mis Brownies, ¡Dios los bendiga!, que hacen la mitad de mi trabajo mientras duermo profundamente, y con toda probabilidad, hacen el resto también, cuando estoy bien despierto y me creo ingenuamente que lo hago yo mismo. La parte que se hace mientras duermo es, sin duda, parte de los Brownies; pero la que se hace cuando estoy despierto y activo no es necesariamente mía, ya que todo indica que los Brownies tienen algo que ver incluso entonces. He aquí una duda que preocupa mucho a mi conciencia. Para mí —lo que yo llamo yo, mi ego consciente, el habitante de

la glándula pineal a menos que haya cambiado de residencia desde Descartes, el hombre con conciencia y cuenta bancaria variable, el hombre con sombrero y botas, y el privilegio de votar y no llevar a su candidato en las elecciones generales— a veces me siento tentado a suponer que no es ningún narrador, sino una criatura tan objetiva como cualquier queso o cualquier queso, y un realista enredado hasta las orejas en la realidad; de modo que, según ese criterio, toda mi ficción publicada debería ser producto de un solo hombre, algún Familiar, algún colaborador invisible, a quien mantengo encerrado en un desván trasero, mientras yo recibo todos los elogios y él solo una parte (que no puedo impedir que obtenga) del pastel. Soy un excelente consejero, algo así como el sirviente de Molière; retrocedo y corto; y visto todo con las

mejores palabras y frases que puedo encontrar y crear; también sostengo la pluma; Y yo me encargo de sentarme a la mesa, que es prácticamente lo peor; y cuando todo está hecho, preparo el manuscrito y pago la inscripción; así que, en general, tengo cierto derecho a participar, aunque no tanto como lo hago, en los beneficios de nuestra empresa común.

Solo puedo dar un ejemplo de qué parte se hace dormido y qué parte despierto, y dejar que el lector comparta los laureles que haya, a su antojo, entre mis colaboradores y yo; y para ello, primero tomaré un libro que varias personas han tenido la amabilidad de leer, EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y EL SR. HYDE. Llevaba tiempo intentando escribir una historia sobre este tema, encontrar un cuerpo, un vehículo, para esa fuerte sensación

de la doble naturaleza humana que a veces debe abrumar la mente de toda criatura pensante. Incluso había escrito una, EL COMPAÑERO DE VIAJE, que un editor me devolvió alegando que era una obra de genio e indecente, y que quemé el otro día con el argumento de que no era una obra de genio, y que JEKYLL la había suplantado. Luego llegó una de esas fluctuaciones financieras a las que (con elegante modestia) me he referido hasta ahora en tercera persona. Durante dos días me devané los sesos buscando una trama; y la segunda noche soñé la escena en la ventana, y una escena posterior dividida en dos, en la que Hyde, perseguido por algún crimen, tomaba el polvo y se transformaba en presencia de sus perseguidores. Todo lo demás lo hice despierto y conscientemente, aunque creo que puedo rastrear en gran parte la manera

de mis duendes. El significado del relato es, por lo tanto, mío, y había preexistido durante mucho tiempo en mi jardín de Adonis, y probé un cuerpo tras otro en vano; de hecho, yo me encargo de la mayor parte de la moralidad, ¡mala suerte!, y mis duendes no tienen ni un rudimento de lo que llamamos conciencia. Míos también son el escenario, míos los personajes. Todo lo que se me dio fue el material de tres escenas y la idea central de una transformación voluntaria que se vuelve involuntaria. ¿Se considerará poco generoso, después de haber prodigado tantos elogios a mis colaboradores invisibles, si ahora los arrojo, atados de pies y manos, a la arena de los críticos? Porque el asunto de los polvos, que tantos han censurado, es, me alivia decir, que no es mío en absoluto, sino de los Brownies. De otro relato, por si el

lector lo hubiera echado un vistazo, puedo decir una palabra: la historia poco defendible de OLALLA. Aquí, la corte, la madre, el nicho de la madre, Olalla, la habitación de Olalla, los encuentros en la escalera, la ventana rota, la fea escena de la mordedura, todo me fue dado en abundancia y detalle, tal como intenté escribirlo; a esto solo añadí el escenario exterior (pues en mi sueño nunca salí de la corte), el retrato, los personajes de Felipe y el sacerdote, la moraleja, tal como es, y las últimas páginas, tal como, ¡ay!, son. Y puedo incluso decir que en este caso la moraleja misma me fue dada; pues surgió inmediatamente de una comparación entre la madre y la hija, y del horrible truco del atavismo en la primera. A veces, un sentido parabólico está aún más innegablemente presente en un sueño; a veces no puedo evitar suponer que

mis Brownies han estado imitando a Bunyan, y sin embargo, en ningún caso con lo que posiblemente podría llamarse una moraleja en un tratado; nunca con la estrechez ética; transmitiendo insinuaciones en lugar de las limitaciones más amplias de la vida y ese tipo de sentido que parecemos percibir en el arabesco del tiempo y el espacio.

Como se puede ver, mis Brownies son, en general, un tanto fantásticos, les gustan las historias apasionadas y llenas de detalles pintorescos, repletas de acontecimientos emocionantes; y no tienen prejuicios contra lo sobrenatural. Pero el otro día me dieron una sorpresa, entreteniéndome con una historia de amor, una pequeña comedia romántica, que sin duda debería entregarle al autor de UN ENCUENTRO CASUAL, pues él podría

escribirla como debe ser, y estoy seguro (aunque pienso intentarlo) de que yo no puedo. ¿Pero quién hubiera imaginado que uno de mis Brownies inventaría un cuento para el señor Howells?

Stevenson, Robert Louis. «Un capítulo sobre los sueños». *Ensayos selectos de Robert Louis Stevenson* . a-chapter-on-dreams/ .

Doce Mandamientos del Alto Rendimiento 12 Taos para la vida cotidiana Dominar a otros es fortaleza, dominarse a sí mismo es el verdadero poder, así nos enseña el Taoísmo. RESUMEN.

**VERSIÓN COMPLETA DEL LIBRO
12 TAOS o MANDAMIENTOS**

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/12.MANDAMIENTOS.AR.elRivalinterior.pdf>



Mini libros el Rival interior

Psicología del Deporte

autor: Gustavo Maure

Puedes mantener al día tu colección. Los Cuadernos de Psicología del Deporte evolucionan, crecen y se renuevan periódicamente. Para mantenerte actualizado !!

***Libro - El Guardián del
Zoológico***

Inteligencia Primordial - Capítulos

1. La Inteligencia Primordial: Luz verde para la GENIALIDAD

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.INTELIENCIA.INCONCIENTE.elRivalinterior.pdf>

2. Tres Dogmas Nefastos:

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/3.DOGMAS.NEFASTOS.EL.GUARDIAN.pdf>

3. Los sorprendentes resultados del efecto Pigmalión en el Bronx

<https://www.elrivalinterior.com/actitud/La-Presion/A08.EFECTO.PIGMALION.elRivalinterior.pdf>

4. EUREKA. Las cuatro estaciones de la Creatividad Preparación - Incubación - Iluminación - Verificación

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/EUREKA.WALLAS.EL.GUARDIAN.pdf>

“Lá máquina de diagnosticar y rotular niños” - Costos y Beneficios

¿Daños colaterales? ¿Fuego amigo? ¿Etiquetas amigables?

En Preparación

El Flujo Creativo del Inconsciente

Inteligencia Primordial Los Sueños Creativos

¿Cómo se inventó Google? Un sueño creativo genera la primer idea QUE SERÁ FUNDAMENTAL

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/GOOGLE.EL.GUARDIAN.RIVALINTERIOR.pdf>

El sueño de Kekulé es uno de los más reveladores en la historia de la Ciencia. “Una serpiente se muerde la cola”

también hay otro más

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/3.KEKULE.PRIMORDIAL.EL.GUARDIAN.pdf>

CREADO A PARTIR DE TERRORES NOCTURNOS Y PESADILLAS - El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/Dr.Jekyll.Mr.Hyde.elRivalinterior.pdf>

Un sueño le indica a Alejandro Magno el momento del Asalto Final

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/SA.TIRO.EL.GUARDIAN.pdf>

El Premio Nobel Otto Loewi resolvió una de las grandes incógnitas de la neurociencia gracias a la intervención de sus sueños

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/NOBEL.NEUROLOGIA.INTELIGENCIA.elRivalinterior.pdf>

En Nippur un sacerdote regresa en sueños de un pasado de 5.000 años y da la solución del enigma al Asiriólogo que quiere descifrar las antiguas escrituras

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/ASIRIA.BAAL.NIPPUR.GUARDIAN.RIVAL.pdf>

Dr. Jekyll y Mr Hyde El lado oscuro del ser Humano

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/Dr.Jekyll.Mr.Hyde.elRivalinterior.pdf>

Tormenta de ideas o la mente del investigador

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.Tormenta.elRivalinterior.com.pdf>

La incubación ritual o dormir en el templo para tomar decisiones La Istikhara un mensaje en sueños

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.INTEL.INCUBACION.elRivalinterior.pdf>

La incubación Chamánica - Diferentes culturas sin ninguna

vinculación, ejercieron un arte que despertaba en sueños a la Inteligencia Primordial

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/INCUBACION.CHAMANICA.EL.GUARDIAN.pdf>

Giordano Bruno y la revelación onírica que le costará la vida

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.Inteligencia5.BRUNO.elRivalinterior.pdf>

Los sueños y la Inteligencia Primordial

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.InteligenciaPrimordial.2.elRivalinterior.pdf>

El Descubrimiento de la Insulina

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.Intel.Insulina.elRivalinterior.pdf>

El secreto de la vida, la genética. Mendel y Watson

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.Intel.Mendel.Watson.elRivalinterior.pdf>

La esencia de la Inteligencia

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.INTELEGENCIA.INCONCIENTE.elRivalinterior.pdf>

La estructura del átomo Niels Bohr

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.INTEL.ModeloAtómico.elRivalinterior.pdf>

El flujo creativo del Inconsciente

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.InteligenciaPrimordial.3.elRivalinterior.pdf>

✨ Kubla Khan y Coleridge Dos sueños se entrecruzan con cinco siglos de diferencia

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.InteligenciaPrimordial.6.elRivalinterior.pdf>

[rior.pdf](#)

El arte y los sueños creativos

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.InteligenciaPrimordial.4.elRivalinterior.pdf>

Un Sueño Revelador que Transformó la Ciencia: La Tabla Periódica de los Elementos

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.INTEL.MENDELEYEV.elRivalinterior.pdf>

La noche que Giuseppe Tartini conoció al diablo y compuso una de las mejores canciones al violín de la historia

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.InteligenciaPrimordial.Tartini.elRivalinterior.pdf>

La noche en que Descartes encuentra su camino en la vida: Sus sueños reveladores

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A76.INTELEGENCIA.DESCARTES.elRivalinterior.pdf>

Los Sueños de Faraón - ¿Como logra interpretarlos José ?

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/7.FARAON.EL.GUARDIAN.elRivalinterior.pdf>

El Sujeto Purificado. En diferentes sueños reveladores aparece un sacerdote, un hombre sabio, un sujeto supuesto saber o incluso Dios mismo.

<https://www.elrivalinterior.com/PDF/A26.SUJETO.PURIFICADO.elRivalinterior.pdf>

Mensajes de lectores:

Leemos Todo, respondemos lo que podemos. Juntamos observaciones y armamos una respuesta general -
Escuchamos el viento. Nos gusta la franqueza y la comunicación 📣 📣

WhatsApp de Argentina:



+54 9 11 4478 8171

gustavomaure@gmail.com
